

PROBLEMAS EN TORNO AL ESTUDIO DEL NACIONALISMO. FORMACION Y CRISIS DE LA CONCIENCIA NACIONALISTA

Por JUAN JOSE SOLOZABAL ECHAVARRIA

Mi primera reflexión sobre el nacionalismo puede parecer obvia, aunque su elementariedad es engañosa: el nacionalismo se puede estudiar. Muchos se resisten a reconocer un origen «natural» al nacionalismo, un soporte histórico-cultural al mismo y tienden a pensar —o al menos actúan como si ese fuera el caso— que el nacionalismo es una gracia que se tiene o no se tiene («se es o no se es», dicen) que se devalúa con el análisis y que resiste todo intento de explicación razonada.

Por supuesto que este enfoque metafísico o tradicional del nacionalismo es falso. El nacionalismo es una realidad cultural, ciertamente muy rica y compleja, pero que acepta un tratamiento científico adecuado. Desde esta perspectiva el análisis del contenido intelectual, el contexto histórico y la funcionalidad social del nacionalismo no suponen la dilución de éste —aunque sí pueden acabar con la «fe» en el nacionalismo—, sino el camino de su comprensión.

Hay otro obstáculo preliminar que también merece la pena despejar. Me refiero a la toma de posición, frecuentemente emocional, ante el fenómeno del nacionalismo. Ya sabemos que es muy difícil alcanzar —por razones epistemológicas— la imparcialidad en las ciencias sociales. Puede decirse que en este terreno mejor que jugar a la neutralidad es practicar la claridad. Y alguien ha sugerido que mejor que buscar al historiador sin prejuicios debe tratarse de encontrar los prejuicios del historiador.

Pues bien, es difícil evitar el *parti pris* ante el tema del nacionalismo.

El nacionalismo pasa fácilmente de ser considerado la fuente de vitalidad de un pueblo, la causa de todo tipo de desprendimientos y actuaciones desinteresadas, a ser —según otros— el recurso de los desaprensivos y la coartada de la insolidaridad y el racismo.

Lo curioso, o digno de advertir, es que estas posiciones extremas no corresponden sólo a políticos en ejercicio, sino que se encuentran en las páginas, por otro lado muy estimables, de los estudiosos del nacionalismo. Podríamos espigar posiciones favorables en autores como Hayes, Kohn o Snyder; pero también nos encontramos con posiciones como la de lord Acton para quien el principio de la nacionalidad es «la especulación política más absorbente, subversiva o arbitraria que pueda concebirse»; o la del profesor Kedourie, quien al comparar el mundo de la época del colonialismo con la efervescencia nacionalista poscolonial ha escrito que, contra lo que suele admitirse, «las nuevas naciones no han traído la libertad política, ni han incrementado la prosperidad ni han producido la paz en sus pueblos...».

Se hace, pues, necesario un estudio del nacionalismo que parta de una posición de neutralidad emocional. Y sobre todo que sea consciente —para evitar posibles riesgos propios— de que muchos juicios antinacionalistas se formulan casi siempre desde otro nacionalismo aunque, claro está, antagónico al que se denigra.

Esto lo vio muy claramente Marx, quien reparó en que detrás de muchas «superaciones» de la nacionalidad y profesiones de internacionalismo reside un chauvinismo inconsciente. Así refería a su amigo Engels su actuación tras una intervención «internacionalista» de Lafargue en el Congreso de la Internacional. «Los ingleses se rieron mucho —escribe Marx— cuando empecé diciendo que nuestro amigo Lafargue, que había terminado con las nacionalidades, nos había hablado en "francés", esto es, en un idioma que no comprendían las nueve décimas partes del auditorio. También sugerí que por negación de las nacionalidades él parecía entender muy inconscientemente su absorción en la nación francesa modelo.»

I

Pero entremos ya en materia. Podemos definir como *nación* a aquella comunidad intrínsecamente diferenciada de las demás, que es consciente de su especificidad histórico-cultural y que es capaz de generar una relación de lealtad superior y excluyente. Como se ve incluimos en el concepto de nación tanto supuestos materiales y culturales: como son los hechos diferenciales y un tamaño relevante; como condiciones espirituales: la conciencia de

la propia identidad, adquirida históricamente, y cierta capacidad emotiva.

El *nacionalismo* será aquel sentimiento generalizado en una comunidad que propugna para el propio grupo la consecución de un estado exclusivo como forma ideal de organización política, al que considera la expresión, la garantía y el impulso de su propio sentido de identidad.

Reparemos en que son fundamentalmente dos las afirmaciones del credo nacionalista: la legitimación política a partir del nacionalismo no puede ser otra que la autonomía del poder, esto es, sólo se admite como legítimo el gobierno propio, aunque ello como veremos no implica necesariamente que el gobierno nacional tenga que ser democrático. De otro lado, el nacionalismo cree que la *felicitas* del grupo, su bienestar económico y su plenitud cultural, consiste primordialmente en el cultivo de sus rasgos propios y exclusivos.

Nuestra familiaridad con los fenómenos nacionalistas, que realmente son omnipresentes en el mundo actual, les hace aparecer ante nosotros como algo natural, siendo así que el nacionalismo es un fenómeno específicamente moderno, resultado de una interacción muy compleja de procesos intelectuales, históricos, políticos y sociales.

En efecto la consideración del nacionalismo como único titular de legitimidad política y la dedicación al cultivo de la propia identidad como objetivo prioritario de la actividad del grupo no han podido producirse sino en la época contemporánea. Comencemos con el estudio del primer proceso a que nos referíamos.

Tal vez la mejor exploración sobre las *raíces intelectuales* del nacionalismo sea la realizada por Elie Kedourie, que recorre las aportaciones de Kant, Fichte, Herder y Schleiermacher y que es importante porque ilustra sobre la fuente de tres conceptos fundamentales en el nacionalismo: el superior valor moral y político del autogobierno; la creencia en el Estado como agente de la libertad del grupo y del individuo, y la reducción del concepto de nación exclusivamente a un grupo étnico y cultural. Veámoslo con algún detalle.

KANT convierte a la autodeterminación en la base de la moralidad tras rechazar la seguridad de la revelación —no tendría mérito obedecer un mandato divino— y la certidumbre del conocimiento sensorialista— no cabría deducir leyes del deber ser del mundo del ser, pues ello supondría instaurar el determinismo en el mundo moral.

La autodeterminación hace al individuo el centro, árbitro y soberano del universo.

Si la virtud existe no puede consistir en obedecer a alguna autoridad exterior o en el sentimiento de bienestar que acompaña ciertas acciones. Virtud

es, en el discurso kantiano, la cualidad de la voluntad libre cuando obedece la voluntad interior.

La práctica virtuosa consiste en la lucha por realizar la propia voluntad, por afirmar la autodeterminación contra los obstáculos que a ella se opongan. El hombre autónomo es un activista completo, un alma atormentada perpetuamente.

Posteriormente, como es bien sabido, habrá un trasvase de la idea de la autonomía del ámbito del individuo al del grupo nacional que, en efecto, aceptará plenamente la idea de la excelencia moral de la autonomía. El nacionalismo es, en gran medida, una doctrina de la autodeterminación y en la autodeterminación encuentra la fuente de su vitalidad.

No nos interesan las discrepancias epistemológicas de FICHTE respecto de Kant, sino llamar la atención sobre la importancia que para la teoría del nacionalismo tuvo su profundización en el material kantiano. Fichte retoma un pensamiento querido de Platón y que lo es también de Hegel, la idea de que la libertad del individuo equivale exclusivamente a su participación en la vida del Estado, el cual aparece, por tanto, dignificado y libre todo propósito instrumental o utilitario.

Efectivamente Fichte concretará el ideal de la autodeterminación en la inclusión del hombre, en su incorporación, a la manifestación histórica de la conciencia universal, al Estado. El Estado será el creador de la libertad del hombre en un sentido —el verdadero— interno y espiritual. La autorrealización del hombre consiste en su absorción en el Estado. Este no es una colección de individuos que se han juntado para proteger sus intereses particulares; el Estado, al contrario, es superior al individuo y se halla antes que él, lógica e históricamente.

Tiene interés, asimismo, considerar las aportaciones de HERDER y SCHLEIERMACHER principalmente porque van a introducir, en primer lugar, un elemento religioso en la idea de nación, que es un grupo étnico-cultural a quien Dios ha encomendado una determinada misión en la historia; y porque van a concebir el Estado como una organización política ineludible, garante de la identidad cultural nacional.

Para Herder y Schleiermacher una nación es una división natural de la raza humana, dotada por Dios con su propio carácter, que sus ciudadanos han —como deber insoslayable— de preservar pura e inviolable. La nación no es como querían los franceses revolucionarios, un conjunto de individuos que han manifestado su voluntad con referencia a la organización o modo de ser de su gobierno. Lo importante para el romanticismo alemán no es el autogobierno democrático, sino la autodeterminación, democrática o no.

Puesto que Dios ha separado a las naciones, éstas no deberían ser amal-

gamadas: los estado multinacionales serán estados corrompidos, los uninationales estados sólidos.

La seña de la identidad nacional será básicamente el lenguaje: un grupo que habla la misma lengua es reconocido como una nación y una nación debería constituir un Estado. Para los románticos alemanes, recuerda Kedourie, no es sólo que un grupo de gente que habla la misma lengua pueda reclamar el derecho de preservar su lengua: el problema es más bien que tal grupo concebido como nación cesará de existir si no se constituye en Estado.

Este esbozo de la formación intelectual del nacionalismo que ha puesto de relieve sus principales fuentes doctrinales, puede servirnos también de recordatorio del peso de la *intelligentsia* que elabora el contenido del nacionalismo y vive para él y —en muchos casos— de él.

Sin embargo, para el surgimiento del nacionalismo es necesario algo más que razones de tipo intelectual o ideológicas. La reclamación nacionalista de un estado exclusivo para el grupo obedece tanto a un *proceso de autoconciencia* de éste cuanto de *una crisis de legitimidad* del sistema político en que está incluido.

El grupo étnico —categoría social elemental caracterizada por una cierta unidad histórica y cultural— reconoce su propia identidad sólo en relación y normalmente en oposición con otros grupos, como consecuencia de sus contactos exteriores. En efecto, la conciencia de la pertenencia a una comunidad étnico-cultural diferenciada debe esperar para producirse, al menos, una cierta complicación y complejidad de las relaciones sociales y económicas, producto de la intensificación de sus contactos con grupos exteriores. Esta complejidad sólo adquiere rasgos de generalización y de intensificación relevantes en la edad contemporánea, fundamentalmente con la llegada del sistema mundial económico de tráfico exigido por *la industrialización*; y con el intercambio —y los peligros de absorción— de mensajes y comunicaciones culturales en sociedades alfabetizadas sometidas a un bombardeo intensivo de propuestas alternativas de cosmovisiones y comportamientos diferentes.

La industrialización ha sido, en efecto, un factor decisivo en el desencadenamiento de los problemas nacionalistas: la vocación nacionalista se ha reafirmado al constatarse en virtud del *décalage* económico la peculiaridad del grupo o país, favoreciendo su consolidación; o al manifestarse la identidad nacional mediante la puesta en cuestión de sus propias bases económico-políticas seculares.

A mi juicio, y sin olvidar la incidencia del industrialismo, el proceso del caso vasco se alinea en el segundo sentido —crisis de identidad nacional—; mientras el nacionalismo catalán constituye más bien la ilustración de la pri-

mera vía —*décalage* económico—. El abismo entre las dos opciones, sin embargo, no existe. Pues la crisis de identidad nacional en el País Vasco se produce entre sectores —pequeña y media burguesía— cuya situación ha sido creada o configurada sobre nuevas bases por la industrialización.

En cualquier caso lo importante de la industrialización es que supone en la comunidad afectada la toma de conciencia de su identidad y, por consiguiente, su politización. En la industrialización el grupo étnico-cultural extrae consecuencias políticas de la toma de conciencia de su peculiaridad propia. Diríamos que la nación *en sí* se convierte en nación *para sí*. Y comprende que —dada la correlación de fuerzas— sólo la posesión de una organización política propia puede garantizar la permanencia de la identidad de la comunidad.

La legitimación cultural es muy importante en el nacionalismo que funda en ella su misión patriótica. Y por supuesto no se ha producido exclusivamente en el proceso de la industrialización. Así la convicción de que sólo un Estado podía garantizar la propia identidad nacional fue alcanzada por los países a quienes Francia invadió al comienzo del siglo XIX y operó —en particular— como estimulante del nacionalismo alemán. Como ha visto Plamenatz la conciencia nacional alemana se convirtió en nacionalista cuando se hizo evidente que dada la presión cultural francesa respaldada por el estado napoleónico, si los pueblos querían preservar su independencia o resistir la excesiva influencia francesa, necesitaban formar poderosos estados.

Resumiendo el último proceso, lo que hemos hecho es establecer la diferencia entre la conciencia nacional de una comunidad y su conciencia nacionalista: el paso de un estadio a otro acontece cuando la comunidad considera que la persistencia de la propia identidad está en peligro como consecuencia, principalmente, de los riesgos que la industrialización conlleva o cuando se hacen patentes incompatibilidades fundamentales entre la comunidad y el marco político en que se encontraba.

Pero existe otro proceso muy importante en la formación del nacionalismo que completa el intelectual y el de autoconciencia a que nos acabamos de referir.

En efecto la relevancia política de la conciencia nacional tiene que ver con la *crisis de la legitimidad tradicional*, esto es con la quiebra de la legitimidad del vínculo monárquico como aglutinante y homogeneizador mínimo en las sociedades del antiguo régimen.

Creo que esto no requiere una larga explicación: En las sociedades del antiguo régimen la idea de que la soberanía reside en el monarca es el fundamento de la obligación política y a su vez del sentimiento de comunidad,

como muy bien han visto entre otros Hintze y Schmitt. Pues precisamente en muchos casos el único nexo que existe en la comunidad política, dada su heterogeneidad cultural y social, es el de que todos obedecen y aceptan al mismo monarca.

Pero la crisis de la legitimidad tradicional supuso justamente el sustituir el vínculo monárquico popular —o nacional— como elemento base de la comunidad política.

En una primera fase —fundamentalmente la del pensamiento de Locke y Rousseau y la que corresponde al proceso revolucionario francés— y a través de una argumentación pactista, que ahora no nos interesa, el pueblo es hecho titular de la soberanía y en él radican exclusivamente los títulos de dominio político. La nación, de momento, carece de connotaciones étnico-culturales y aparece como el conjunto —o mejor parte— de los gobernados.

La revolución francesa dramatizó, por así decir, la idea de nación, hizo a los franceses conscientes de sus lazos comunes y sobre todo produjo un simbolismo en torno a la nación que se apoderó de las masas suministrándoles una fogosa y fanática religión.

Las potencialidades de la idea de nación no se desarrollarán del todo hasta que la nación-pueblo se identifique con el grupo exclusivo diferenciado: de modo que su trascendencia política —la pretensión a la autodeterminación política, esto es la reclamación del propio estado— se haga clara. «Una vez —ha escrito Connor— que se acepta que la soberanía reside en el pueblo, cualquier grupo que se considere a sí mismo constituyendo un pueblo diferenciado cree tener derecho evidente a crear su propio estado, de modo incontestable.»

La tensión entre el concepto exclusivamente político de nación —la idea liberal revolucionaria de nación-pueblo— y el concepto étnico cultural de nación es fundamental. En primer lugar porque explica la diferenciación entre los dos tipos ideales de nacionalismo de que hablara Hans Kohn: el nacionalismo occidental que aparece basado en el concepto liberal revolucionario de nación, esto es, un nacionalismo vertebrado sobre bases espiritualistas y voluntaristas de corte individual (casos americano, inglés y francés); y el nacionalismo oriental (germánico y eslavo) basado en el concepto étnico-cultural de nación, vinculado a concepciones organicistas en las que se niega el albedrío particular y se realiza la integración de la comunidad de modo místico.

Un segundo aspecto importante de las relaciones entre el concepto étnico y político de nación es el de la pretensión por parte de cada una de estas ideas a apropiarse —desde luego— el prestigio y hasta cierto punto —de creer en sus proclamaciones— el contenido de la otra. La nación política

(los estados nacionales) intenta suscitar el entusiasmo y sentimiento de identidad propios del grupo étnico: de ahí sus esfuerzos por imponer una homogeneidad social por muy artificial y contraria a la pluralidad étnica en su seno que pueda ser. Se trata de crear o reforzar a toda costa un cierto sentido de comunidad.

Y no se puede negar que, por ejemplo, los nacionalismos americano, francés y español, han conseguido una legitimación emocional considerable. Estos estados no son simples conglomerados de individuos que eligen a sus gobernantes o que deciden su propia forma de régimen político. Se trata de verdaderas naciones, esto es, comunidades intrínsecamente diferenciadas, capaces de general en sus miembros una relación superior de lealtad.

De otro lado, la nación étnico-cultural no ha querido renunciar al prestigio de la legitimación popular y ha confundido de intento la autodeterminación —esto es, la no aceptación de un gobierno extraño— con el autogobierno, esto es, la organización política de acuerdo con la voluntad libremente expresada de la totalidad de su población.

Hay, por último, aunque no como menos importante, una cuestión que tratar en el estudio del nacionalismo. Se trata de *su soporte clasista*, esto es, el estudio de la función del nacionalismo en la sociedad en que opera, la pertenencia social de la *intelligentsia* que lo formula y las condiciones que explican su vigencia y arraigo.

A este respecto haremos brevemente lo siguiente: plantear en términos generales el problema; establecer una cautela subrayando la aspiración interclasista del nacionalismo; formular un esquema de las relaciones ideología nacionalista-clase social y matizar los términos del mismo en atención a importantes transformaciones referidas especialmente a la estructura social de la comunidad nacionalista.

El proceso de autoconciencia nacionalista, impulsado por los medios tecnológicos de comunicación, es dirigido por una élite, el núcleo nacionalista, interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad y que normalmente cuenta con el apoyo de un grupo o clase socialmente relevante de ésta.

La reclamación nacionalista siempre es formulada, lógicamente, por la *intelligentsia* o sector intelectual de la comunidad que la elabora y da coherencia ideológica. Pero su alcance efectivo es función de diversos factores.

Depende, en primer lugar, de su habilidad para presentar al nacionalismo como el proyecto salvador de la comunidad. Aquí reside el apelativo ultraclasista del nacionalismo y su dimensión general: que se presenta como un instrumento de salvación de *toda* la nación. Desde esta perspectiva el nacio-

nalismo se esfuerza por subrayar una cierta comunidad de intereses, afectos y tradiciones entre sus miembros. No importa saber si esta comunidad es real o meramente construida. Lo que importa es hacer notar que el éxito del nacionalismo depende de su capacidad para generar un sentimiento de solidaridad que supere de algún modo las divisiones sociales existentes.

De otro lado, el proyecto político y social del nacionalismo debe atraer a un sector importante, o por lo menos cualitativamente relevante por el activismo que está dispuesto a desarrollar, de la colectividad. Este sector constituye la clientela natural del nacionalismo y va a actuar de apoyo y dinamizador de la organización social y política proyectada.

Muy importantes son asimismo las compensaciones social-psicológicas que el nacionalismo es capaz de suministrar para un sector —la comunidad nacionalista— cuya afirmación frente al sector no nacionalista va a legitimar. Por supuesto, el nacionalismo puede suministrar otras ventajas, aparte de las psicológicas, y ser la base de discriminaciones efectivas —aunque quizá no legales— en el mercado del trabajo, el acceso a la función pública y a la representación política y, en general, en la consideración social.

En definitiva, diríamos para concluir, la afirmación de la reclamación nacionalista depende del respaldo que le conceda la clase social hegemónica. Desde esta perspectiva, la respetabilidad social y económica del nacionalismo es fundamental. El nacionalismo sólo se consolidará cuando la «clase nacional» se haga nacionalista.

Aun a riesgo de incurrir en simplificación podríamos tratar de establecer la posición de las clases sociales en la industrialización de Cataluña y el País Vasco ante el nacionalismo.

La actitud de la burguesía queda definida social y políticamente en dos planos muy relacionados. Respecto de la formación social y política frente a la que hace su reclamación y desde la formación social y política desde donde hace su reclamación.

La patria de la burguesía es su mercado y su aspiración política es la conquista o influencia de un poder que asegure, aumente y consolide su mercado. Sólo cuando su posición hegemónica en el conjunto político en que está integrada sea discutida, pensará en retirarse con exclusividad a la formación desde donde opera.

La patria de la pequeña burguesía autóctona y de los sectores populares es la tierra donde se desenvuelven y cuya inserción-dependencia en formaciones más amplias se les escapa; su actitud política es ajena y muchas veces contraria al poder político que asegura un ámbito superior del que no ven la necesidad y sí sólo los inconvenientes. Obviamente es de estas capas socia-

les de donde procede la *intelligentsia* nacionalista y buena parte de su apoyo.

El proletariado no rural tiende a considerar, sobre todo si en virtud de la emigración no es autóctono, que sus intereses como clase se realizan mejor en un espacio político tan amplio como sea posible; de otro lado, no suele sintonizar con las preocupaciones culturalistas del nacionalismo que, en un momento de dura lucha social, se le aparecen, como mínimo, desviaciones de su interés fundamental.

Podríamos preguntarnos por la vigencia posterior de este esquema, ideado, como señalaba antes, para el tiempo del despegue industrialista.

Seguramente podrían mantenerse en líneas generales los límites ideológicos de la burguesía que no está dispuesta a cambiar de nación más que en la medida en que sus intereses corran peligro en el ámbito de integración político superior; o que utiliza el señuelo nacionalista como chantaje económico (petición de privilegios fiscales o subvenciones) al poder central. De todos modos, señalaríamos que una sociedad con reclamaciones nacionalistas es una sociedad fuertemente ideologizada, en la que la burguesía tiene dificultad en encontrar una correspondencia política exacta a su propia posición e intereses, en razón de la dinámica propia del proceso nacionalista.

Importante es la transformación que ha sufrido la clase obrera cuyo internacionalismo se ha ido rebajando al tiempo de su pérdida de conciencia de clase y de su fe en el socialismo.

Hoy en día no puede hablarse de comunidad socialista ni siquiera como aspiración; no existe evidentemente una específica cultura socialista que ha sido sustituida en las sociedades con problemas nacionalistas, por una cultura popular o populista —en lo que tiene de construida y dirigida— cuya hegemonía le ha sido arrebatada a la clase trabajadora.

Pero sobre todo en la estructura social actual se han producido unos sectores sociales: clases medias, compuestas de funcionarios y empleados públicos, trabajadores autónomos, pequeños comerciantes, empleados del sector servicios, de importante relevancia en la dinámica nacionalista. Se trata de sectores que profesionalmente están apartados de los centros neurálgicos del proceso de producción en la sociedad en que viven; tienen quizá poca conciencia de sus intereses objetivos en razón de su profesionalidad sectorializada y poco desarrollado su instinto de clase. Pero, como ha visto Laclau, estos sectores están propicios a una fuerte ideologización y tienden a plantearse las crisis sociales y políticas en términos estrictamente ideológicos, siendo por consiguiente los manipuladores y destinatarios preferentes del mensaje nacionalista.

En la medida en que estas capas ocupan una posición importante en la

sociedad de que se trate, más central será el papel del nivel ideológico —en este caso del nacionalismo— en la resolución final de las crisis de la formación social en su conjunto.

El esquema de la formación de la conciencia nacionalista podría, pues, resumirse en los siguientes términos: disponible —en razón del proceso intelectual que conocemos— la idea nacionalista, ésta tiende a ser asumida por un sector relevante de un grupo étnico o comunidad histórico-cultural determinada, cuando ésta refuerza la conciencia de su identidad como reacción al peligro que para su mantenimiento han supuesto determinadas circunstancias sociales y económicas.

El proceso de autoconciencia —impulsado por los medios tecnológicos de comunicación— es dirigido por una élite —el núcleo nacionalista— interesada profesionalmente en la realización política de la comunidad.

II

Me gustaría demostrar la pertinencia de este enfoque aplicándolo a dos casos que he estudiado en otros lugares con algún detenimiento: me refiero al caso vasco, en concreto al primer nacionalismo vasco, y al del nacionalismo de la provincia francófona del Canadá.

El surgimiento del nacionalismo vasco puede interpretarse como resultado de la crisis de identidad sufrida por la sociedad tradicional vasca en la coyuntura de la industrialización, que coincide históricamente con la realización, desde una perspectiva uniformista y centralizadora, de la modernización española. Ambas causas implicaron la crisis del sistema social y político de Euskalerría —el sistema foral— que se manifestó incapaz de adecuarse a las necesidades de la nueva clase hegemónica y que pasó a ser el exponente y catalizador de la crisis de identidad nacional vasca.

Ante la nueva situación política y social se reaccionó, en primer lugar, con un movimiento de recuperación cultural: la afirmación de la idiosincrasia vasca, vinculada al idioma en desaparición y a los fueros perdidos.

Sabino Arana, como es bien sabido, acogerá después toda esta problemática, replanteándola emotivamente y confiriéndole una solución política: la independencia de los vascos.

El contacto con España —según Arana— es la causa de todos los males de Euskalerría. Explica la pérdida de su personalidad política y la situación de degradación moral, cultural y étnica que, desde su punto de vista, ha supuesto la industrialización. La oposición a la asimilación española que en la época del fuerismo estuvo protagonizada por los oligarcas rurales y su

intelligentsia orgánica, encuentra ahora nuevos protagonistas. La defensa de la personalidad vasca y la afirmación de su nacionalismo se verifica por un sector de los intelectuales vascongados, apoyados por las élites rurales, por las fuerzas vivas del campo y por las clases medias ciudadanas.

Efectivamente, el público del primer nacionalismo vasco eran los honrados nacionalistas de los pueblos: alcaldes, médicos, pequeños notables rurales y la «gente de escritorio» de la ciudad: clases medias que se sienten llamadas a proteger los derechos y modos de ser colectivos de un pueblo que entra en una etapa difícil de su historia y a la que, según ellos, hubiese sido preferible no haber llegado nunca.

En el caso de Quebec —la provincia francófona del Canadá— también encontramos, ahora en la actualidad, una ilustración del esquema genético de la conciencia nacionalista que hemos adoptado aquí. La reclamación nacionalista, la petición del derecho al propio Estado, es formulada en Quebec como consecuencia del sentimiento de incompreensión y frustración de la comunidad francófona, que no encuentra garantizada su identidad como pueblo en el sistema federal, al que considera una estructura apropiada por los anglocanadienses y un instrumento de los intereses y aspiraciones nacionales de éstos. «¿Cuándo han tenido los franceses en materias federales —se pregunta Laurandea— una influencia importante en Ottawa? Su oposición a las dos guerras, bajo los conservadores en 1917 o con los liberales en 1942, no consiguió casi nada. El Gobierno central ni siquiera respeta el bilingüismo en sus servicios fuera de Quebec.»

La autoconciencia de la propia identidad se ha producido en Quebec también en el transcurso de un proceso de industrialización rápido y reciente que:

1.º Ha supuesto el fin de la vida rural, base secular de la comunidad francesa.

2.º Ha patentizado los contrastes entre el sector anglófono, agente y beneficiario principal de la industrialización capitalista y el sector francófono que ha visto reducida su condición a la de ser «propietario e inquilino en nuestra propia casa».

3.º Y que ha planteado como inevitable para la comunidad francesa su absorción cultural, dada la disminución de su tasa de nacimientos y la reluctancia de los niños inmigrantes a aprender francés.

Esta triple situación se hace especialmente preocupante para el mantenimiento de la identidad de los francocanadienses en los años cincuenta cuando, paralelamente a la industrialización, se producen el superintervencionismo del Estado central y un atosigante nacionalismo canadiense.

Lo interesante es que para responder a los desafíos propuestos por la industrialización el nacionalismo quebequés ha sufrido una importante metamorfosis.

El viejo nacionalismo del siglo pasado no perseguía la consecución de la soberanía completa, limitándose a la tarea de preservar la lengua y la religión de los franceses. Ideológicamente aceptó el liderazgo de la Iglesia y, como consecuencia de la autonomía cultural reservada a la comunidad francesa, no puso en cuestión el sistema político federal. El Canadá francés era una comunidad definida por su carácter religioso y misión apostólica, arraigada en la tierra y que despreciaba los valores industriales.

En el nuevo nacionalismo la hegemonía ha pasado de la Iglesia al Estado. Se ha abandonado una política de simple supervivencia por una política de *épanouissement*. El Estado en el nuevo credo no es sólo la garantía de la vida peculiar de la comunidad, sino el animador y su resorte principal.

El Estado se convertirá en instrumento transformador al servicio de la comunidad. «Debe ser —dice el líder nacionalista René Lavesque— más que un simple factor en el desarrollo y la emancipación económica de Quebec: debe ser un agente creador. De otro modo, no podremos hacer más que lo que hemos hecho hasta ahora, esto es, esperar dócilmente al capital y la iniciativa de otros. Los otros, desde luego, vendrán por su propio interés, no por el nuestro. Nosotros solos, a través de nuestro Estado, podemos llegar a ser los dueños de nuestra casa.»

Pero el éxito del nuevo nacionalismo quebequés no depende sólo del radicalismo de sus posturas, sino que está relacionado directamente con su adecuación a las necesidades de una «nueva clase media», producto y agente de la industrialización y con su capacidad, principalmente a causa de su programa socialdemócrata, de lograr un impacto en amplios sectores del electorado francófono.

El cambio de las élites en que el nacionalismo quebequés descansa es casi tan llamativo como su renovación ideológica. Los líderes tradicionales de la nación procedían de las antiguas profesiones: el clero, el Derecho, la Medicina. En cambio, las nuevas élites son, esencialmente, la clase media de los *managers*, ingenieros, periodistas, cronistas de radio y funcionarios sindicales, «la mayoría producto de la expansión de las universidades».

La revolución tranquila —*the quiet revolution*—, el período durante los sesenta, tras la llegada de los liberales al poder, en que tuvo lugar la experiencia del poder del propio Estado, ha sido calificada como una «revolución burocrática», y el descontento separatista, se ha dicho, equivale en último término a una protesta contra un real o imaginario bloqueo de puestos de trabajo.

El nacionalismo legitimó la expansión de los servicios del Estado y el mantenimiento de la exclusividad lingüística, medios por los que la nueva clase media francófona se aseguró la superación de los límites estructurales a su crecimiento.

Utilizando el Estado como empresario, cuya intervención creciente es justificada por el nacionalismo, los candidatos franceses pudieron encontrar una salida profesional que el carácter anglófono del sector privado les negaba o no satisfacía plenamente.

El funcionamiento del nacionalismo quebequés constituye un excelente ejemplo de la manipulación de una ideología cuyo carácter «esencialista» o «significado espiritual» sus partidarios son muy aficionados a subrayar. Como ha visto un estudioso del nacionalismo quebequés, Herbert Guindon, los puntos de vista económicos y sociales del nacionalismo quebequés fueron académicamente marginales y políticamente inefectivos hasta «el surgimiento de la nueva clase media y su acceso al poder político. Sus puntos de vista se han convertido en la ideología unificadora que confiere cohesión política a esta nueva clase social».

III

En esta última parte de la exposición consideraremos una serie de factores —especialmente operantes en nuestro tiempo— que contribuyen a producir una cierta crisis de la conciencia nacionalista cuya problemática es extraordinariamente interesante porque pueden dar origen a una transformación o nueva versión del nacionalismo.

Por paradójico que parezca en plena eclosión de los nacionalismos hablar de la crisis de la conciencia nacionalista, ésta puede producirse sobre todo en relación con un triple orden de cuestiones.

En primer lugar se asiste en nuestro tiempo a *una puesta en cuestión del concepto de soberanía nacional*. La posesión de una organización política exclusiva ha perdido el prestigio que tenía de ser la panacea de todos los problemas de la comunidad histórico-cultural. En un orden económico dominado cada vez más por las sociedades multinacionales y un mundo cultural caracterizado por el intercambio de mensajes y modos de vida, la independencia política se muestra problemática. El desprestigio —la crisis— del marco estatal no se reduce a aquel en el que la comunidad nacionalista está integrado, sino que alcanza a su propio proyecto de independencia.

El *marxismo* como elemento integrante —se quiera o no reconocer, se sea consciente o no— de la mayor parte de los sistemas ideológicos y culturales de nuestro tiempo, es otro factor importante en el desarrollo de la crisis de la conciencia nacionalista.

La posición del marxismo ante el problema nacional, a veces contradictoria, es ciertamente compleja y, por supuesto, no puede reducirse —como creían los buenos socialistas vascos del siglo XIX— al tópico de que los proletarios no tienen patria. Cabe, simplificando, hablar en primer lugar de una actitud de rechazo y crítica que se muestra ya en la misma idea marxista de nación, concebida como una categoría histórica ligada a la burguesía en ascenso y para la que se considera más importante un tamaño económico relevante que la posesión de rasgos específicos culturales. El marxismo, de otro lado, fue implacable en la denuncia de los peligros del chauvinismo así como en la acción mixtificadora y de desorientación del nacionalismo en el proletariado. Se pronunció, en fin, sin ambages, por una sociedad comunista futura internacionalista.

Pero el marxismo, sin dejar de insistir en el desenmascaramiento de los aspectos sombríos del nacionalismo, reparó también en algunas de sus dimensiones positivas. Así compartió su denuncia de la opresión cultural impuesta por la nación dominante a otras comunidades marginadas; constató la prioridad de los problemas nacionalistas cuando no están resueltos y la importancia de las luchas antiimperialistas para el proletariado de las metrópolis y valoró, según vio especialmente Lenin, la contribución revolucionaria de la pequeña burguesía en las luchas nacionalistas antiimperialistas.

Existe, sin embargo, algo en el marxismo que ningún nacionalismo puede tolerar: es la relativización de la demanda nacionalista, la consideración de que la nación no es lo primero, de que antes están al menos la estrategia mundial de la revolución y la solidaridad entre los pueblos.

Efectivamente, la reducción que hace el marxismo de la nación a una categoría histórica —por tanto no eterna— y la relativización de su importancia en base a consideraciones estratégicas, junto con su desconfianza ante el protagonismo de elementos «no clasistas» en la lucha nacional, han contribuido sin duda a despojar a la reclamación nacionalista de su carácter de *prius* absoluto en la vida de la comunidad.

Por último hemos de referirnos al *federalismo* como posible elemento desencadenante de la crisis de la conciencia nacionalista. Lo cual no deja de ser curioso, pues el federalismo es, en buena parte, una respuesta a los problemas planteados por el nacionalismo.

El rasgo más sobresaliente del Estado federal es su carácter de compro-

miso. El gobierno federal es casi siempre aceptado como una propuesta que es inferior a la ideal, como una transacción alcanzada después de que el sueño de la autodeterminación como medio de preservar la propia identidad ha resultado imposible.

El Estado federal en cuanto comunidad formada por comunidades que mantienen su peculiaridad propia es una forma de gobierno muy difícil, basada en un equilibrio entre fuerzas centrífugas que llevan a la desintegración y fuerzas integradoras que impulsan al país hacia una progresiva centralización.

El apaciguamiento de las tensiones seccionistas en el sistema es conseguido cuando se ofrecen a las partes componentes, en compensación por el abandono de sus ambiciones nacionalistas, un conjunto adecuado de «instrumentos federales» que protejan y garanticen su propia identidad.

En primer lugar la federación debe reconocer un campo de competencias exclusivas de los estados, lo que Loewenstein llama federalismo interestatal.

Los dispositivos federales, de otro lado, deben garantizar la participación de las nacionalidades o regiones en el gobierno central a través de instrumentos como el senado regional, el establecimiento de un tribunal con participación regional que juzgue los conflictos de competencias entre las regiones y el centro, y una atención a la «cuota» regional en la composición del Gobierno y la Administración.

Pero el espíritu federal no depende únicamente del debilitamiento de la lealtad seccional. Necesita contribuciones positivas que creen una vinculación afectiva a la más amplia comunidad del Estado federal. Ello se consigue a través de los mecanismos de participación en el sistema federal de que hemos hablado, pero sobre todo a través de la colaboración de las regiones en la construcción de los símbolos y caracteres de la colectividad: la cultura política del Estado federal debe integrar contribuciones, tan iguales como sea posible, de todos los estados, evitando la identificación exclusiva de la Unión con uno de sus elementos, al que se asimilarían todos los demás.

La operación de estos tres factores puede llevar al nacionalismo a una importante transformación, de modo que abandone su conciencia nacionalista por una conciencia nacional.

Los dos primeros factores —la crisis del concepto de soberanía y la influencia del marxismo— pueden reducir el exclusivismo nacionalista. Una práctica federal satisfactoria puede convencer a las comunidades que su identidad nacional se encuentra garantizada mediante los instrumentos políticos del sistema federal. Desde esta perspectiva convendría recordar que las reclamaciones separatistas de una nacionalidad sólo son planteadas con un vigor so-

cialmente relevante cuando en su seno se encuentra generalizada la impresión de que la propia identidad no se halla asegurada.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Me limitaré, con la excepción de algunas pocas obras generales, a mencionar los trabajos aludidos en el texto.

Sobre la problemática global del estudio del nacionalismo puede verse, en primer lugar: HANS KOHN: *Historia del nacionalismo*, México, 1949; FREDERICK HERTZ: *Nationality in History and Politics*, Nueva York, 1944; CARLTON HAYES: *Essays on nationalism*, Nueva York, 1928; LOUIS SNYDER: *The meaning of nationalism*; J. BAPTISTE DUROSELLE: *Europa de 1815 a nuestros días*, Barcelona, 1971, y sobre todo ELIE KEDOURIE: *Nationalism*, Londres, 1979 (cuya versión castellana estamos preparando). En nuestra bibliografía española podemos recordar el capítulo de *Estudios de sociología política* (Madrid, 1963) «El ámbito de la organización política», de FRANCISCO MURILLO FERROL; el capítulo VI de *Catalanismo y revolución burguesa*, de JORDI SOLÉ TURA; el capítulo XI de *Principios de teoría política*, de LUIS SÁNCHEZ AGESTA (Madrid, 1972); el artículo de PEDRO DE VEGA: «El carácter burgués de la ideología nacionalista», en *Sistema*, núm. 16, y el trabajo de ANDRÉS DE BLAS GUERRERO: «Notas en torno a las nacionalidades y su trascendencia política», en *Boletín Informativo del Departamento de Derecho Político*, núm. 2, 1978, UNED.

La opinión recogida en la página 68 de lord ACTON pertenece a «Nacionalidad», incluido en *Ensayos sobre la libertad y el poder*, págs. 326-27, Madrid, 1959. La cita del profesor KEDOURIE de la página 68 se encuentra en su *Nationalism*, pág. 139. La referencia de la intervención de Marx en JUAN JOSÉ SOLOZÁBAL ECHAVARRÍA: «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», en *Revista Internacional de Sociología*, núms. 3 y 4, Madrid, 1974. Las páginas 69 y 71 descansan como queda dicho en el libro de KEDOURIE, caps. 2-5. La cita de la página 71 procede de la página 68 de *Nationalism*.

La tesis sobre la conexión industrialización-nacionalismo, aludida en la página 71, está parcialmente inspirada en PIERRE VILAR: *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, 1967, especialmente su Introducción. La asunción de la interrelación mencionada constituye el *framework* conceptual de mi *El primer nacionalismo vasco. Industrialismo y conciencia nacional*, Madrid, 1975. La referencia de JOHN PLAMENATZ de la página 72 se encuentra en su ensayo «Two Types of Nationalism», en *Nationalism: The Nature and Evolution of the Idea*, editado por Eugene Kamenka, Londres, 1976, pág. 25.

Las obras de HINTZE y de SCHMITT aludidos en la página 73, que nos interesan, son, respectivamente, *La historia de las formas políticas*, Madrid, 1968, cap. 1.º, pág. 31, y *Teoría de la Constitución*, Madrid, 1934, pág. 57. La función estructurante del monarca en la formación social del estado absoluto está bien vista en A. PASSERIN D'ENTREVES, en el capítulo 5 de *La notion de l'État*, París, 1969.

Al tránsito de la soberanía absoluta a la nacional dedico alguna atención en mis dos trabajos de próxima aparición: «Nación, nacionalidades y autonomías en la Constitución de 1978. Algunos problemas de la organización territorial del Estado», en *Sistema*, núms. 38-39, extraordinario dedicado al Estado, 1980), y «La forma del Es-

tado desde la perspectiva de la distribución territorial del poder», en *Revista de la Facultad de Derecho de Madrid*.

Sobre el concepto de nación de la Revolución francesa me han sido útiles las observaciones de CONSTANTINO MORTATI: *Le forme di Governo*, págs. 34 y 38, y S. E. FINER: *The Man on Horseback*, Londres, 1975, págs. 195 y sigs. La cita de CONNOR procede de su artículo «The Politics of Ethnonationalism», en *Journal of International Affairs*, vol. 27, núm. 1, 1973, pág. 5.

En las páginas 74 a 76 retomo algunas ideas apuntadas en mi nota «Nacionalismo y clases sociales: burguesía, aristocracia y campesinado», en *Revista Internacional de Sociología*, núms. 18-19-20, Madrid, 1976, y sobre todo el primer capítulo de *El primer nacionalismo vasco*, ya citado. Deben algo también al espléndido trabajo de JORDI SOLÉ TURA: «Historiografía y nacionalismo. Consideraciones sobre el concepto de la nación», en *Boletín de la Fundación March*, 1975, págs. 3-14. Véase, con tesis diferentes, «Interpretación del nacionalismo catalán», de JOSEP TERMES en *Federalismo, anarcosindicalismo y catalanismo*, Barcelona, 1976.

La alusión a LACLAU se refiere a *Política e ideología en la teoría marxista*, especialmente las págs. 112 a 126.

La página 77 esboza la problemática que es objeto de mi libro citado, en especial la Introducción y los capítulos IV y V. Inevitable es referirse aquí a las espléndidas aportaciones de ANTONIO ELORZA: *Ideologías del nacionalismo vasco*, en especial su capítulo II. Véase también el libro fundamental de JAVIER CORCUERA ATIENZA: *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco 1876-1904*, Madrid, 1979.

Las páginas 78 a 80 en que me ocupo del nacionalismo quebequés pueden ser ampliadas con mi trabajo «Nacionalismo y Federalismo en las sociedades con divisiones étnicas: los casos de Canadá y Suiza», en *Revista de Estudios Políticos* (Nueva época), núm. 10, 1979. En él pueden encontrarse las referencias exactas de las citas de Laurandeu, Lavesque y Guindon.

Puede encontrarse una magistral exposición-marco a la problemática de la crisis de la soberanía nacional —aludida en la pág. 80— en MANUEL GARCÍA PELAYO: «El Estado social y sus implicaciones», en *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, Madrid, 1977.

Respecto de las relaciones marxismo-nacionalismo he retomado en el texto ideas desarrolladas en los trabajos míos: «Algunos materiales sobre el pensamiento socialista ante el problema nacional», ya citado, y «Sobre la política de las Nacionalidades en la Unión Soviética», en *Saotak*, núm. 2, 1978. Sobre este tema podríamos seleccionar algún trabajo fundamental como los de SALOMON BLOOM: *The World of Nations. A Study of the national implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, 1967; HORACE B. DAVIS: *Nacionalismo y socialismo*, Barcelona, 1972; RICHARD PIPES: *The formation of the Soviet Union*. Por supuesto, también la obra de MANUEL GARCÍA PELAYO: *La teoría de la nación de Otto Bauer*, Madrid, 1980.

Las ideas fundamentales de las últimas páginas sobre la incidencia del federalismo en la crisis del nacionalismo están tomadas de mi trabajo sobre «Nacionalismo y federalismo», ya citado. En el mismo puede encontrarse una bibliografía seleccionada sobre el tema. Podemos llamar la atención, por supuesto, sobre el libro de R. C. WHEARE: *Federal Government*, Londres, 1963, y su contribución «Federalism and the Making of Nations», en *Federalism, Mature and Emergent*, editado por Arthur W. Macmahon, Nueva York, 1955. También sobre R. C. WATTS: *Federalism and*

FORMACION Y CRISIS DE LA CONCIENCIA NACIONALISTA

Multicultural Societies, Ottawa, 1966; C. J. FRIEDRICH: *Trends of Federalism in Theory and Practice*, Londres, 1968, y T. M. FRANK: *Why Federations Fail*, Nueva York, 1966.

Respecto a la bibliografía española mencionemos los trabajos de JUAN FERRANDO, como *El Estado unitario, el federal y el Estado regional*, Madrid, 1978; GUMERSINDO TRUJILLO: *El federalismo español*, Madrid, 1967, en especial sus capítulos generales; y diversas contribuciones de J. J. LINZ, entre ellas la contenida en el libro colectivo, en el que hay trabajos tan valiosos como los de los profesores IGNACIO MARÍA DE LOJENDIO E IRURE y JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ RUBIO: *Federalismo y regionalismo*, Madrid, 1979.